IV

Ya, pues, que todo esto lo sabemos, no desconfiemos jamás; porque no tiene el demonio arma tan poderosa como la desesperación; por esto no le damos tanta alegría al pecar, como al desesperar. Oye a este propósito cómo San Pablo, tratándose del que cayó en carnalidad, temía más la desesperación que el pecado; pues escribiendo a los Corintios decía así: *Es público que entre vosotros hay fornicación, y tal fornicación cual ni aun entre los gentiles se nombra* (1 Cor. 5, 1); y no dijo *cual ni entre los gentiles se osa cometer*, sino *ni aun se nombre* porque lo que hasta de nombre era para ellos insufrible, esto entre vosotros se ha cometido de hecho. *¿Y vosotros estáis envanecidos?* (Ib., 2) No dijo *y él se ha envanecido*, sino que dejando al que pecó, dirígese a los que están sanos, como hacen los médicos, que despidiéndose de los enfermos, hablan más largamente con los parientes de ellos; fuera de que, por no corregir ni castigar al culpable, le daban ocasión de arrogancia. Por eso extendió a todos la reprensión, para que fuera fácil la curación de la herida.

Porque, cierto, terrible mal es el pecar, pero mucho más intolerable el ensoberbecerse por los pecados. Pues si el envanecerse en la justicia es vaciedad de justicia, con más razón, si tal sucede en los pecados, semejante conducta nos ha de acarrear extremos males, y nos será objeto de mayor acusación que los mismos pecados. Por esto dice: *Cuando hiciereis todas las cosas, decid: Siervos somos sin provecho* (Lc. 18, 10). Pues si los que hacen todo lo necesario deben humillarse, mucho más justo será que quien ha pecado gima y se cuente entre los últimos. Esto es, pues, lo que San Pablo nos enseñaba al decir: *¿Y no habéis más bien llorado* (1 Cor. 5, 2)? ¿Qué dices? ¿Ha pecado otro y he de llorar yo? Sí, responde; porque estamos mutuamente unidos como lo están el cuerpo y los miembros; y en el cuerpo, aunque haya recibido la herida el pie, vemos que se inclina la cabeza; y sin embargo, ¿qué hay en el cuerpo más digno que ella? pero en el tiempo de la desgracia no atiende a su dignidad. Haz, pues, tú lo mismo. Por esto también el mismo San Pablo nos exhorta *a alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran* (Rom. 12. 15). Por esto dice también a los Corintios: *¿Y no habéis más bien llorado, para que sea sacado de entre vosotros quien tal obra hizo?* No dijo *¿y no os habéis esforzado más?* sino ¿qué dijo? *No habéis llorado más*, habiéndose apoderado de la ciudad una como enfermedad co-

mún y pestilencia, como si dijera: "Oración hace falta, y confesión y súplicas, para que la dolencia desaparezca de toda la ciudad". ¿Ves cuán grande es el temor que les infundió? Porque como pensasen que sólo a aquel culpado se extendía el mal, los pone en aprieto diciendo: *¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa* (1 Cor. 5. 6)? Quiere decir: yendo por sus pagos el mal se apoderará también de los demás miembros; luego tened ahora la misma vigilancia que cuanto tratáis de evitar los males comunes. Porque no me digas que pecó el sólo, sino mira que el mal es como úlcera podrida, y se apodera de todo lo demás del cuerpo. Y así como cuando se quema una casa, aun los que todavía no han recibido daño se afanan no menos que los que se ven en la desgracia, y acuden con cuanto pueden, no sea que avanzando el fuego llegue también a sus puertas, así San Pablo, les da la voz de alerta, diciendo: "Mirad que es como el fuego; anticipémonos al mal; apaguemos el incendio, antes que se apodere de la Iglesia; y si desprecias el pecado por hallarse en cabeza ajena, pésimamente obras en ello; porque aquel es un miembro de todo el cuerpo; antes mira que si fueres remiso y lo tuvieres en poco, también de tí se apoderará un día la enfermedad. Luego, si no por tu hermano, al menos por ti mismo despierta ya, y rechaza la pestilencia y reprime la podredumbre, y saja la úlcera".

Habiendo, pues, dicho esto y mucho más todavía, y mandado entregarle a Satanás, dijo más tarde, después que se convirtió y mejoró: *Bástale a este tal la reprensión de muchos; confirmad, pues, la caridad para con él* (2 Cor. 2, 6-8). Después de haberle puesto a la vista de todos, como a común enemigo y adversario, y arrojándole del rebaño y cortándole del cuerpo, mira cuánto se esfuerza por juntarlo y unirlo de nuevo. Pues no dijo sencillamente *amadle*, sino *confirmad la caridad para con él*; esto es, mostradle una caridad fiel e inconmovible; dadle muestras de un cariño ardiente, fervoroso e inflamado, que contrapese a la enemistad pasada. ¿Qué mudanza es esta? díme. ¿No le pusiste en manos de Satanás? Sí, responde, mas no para que permaneciese en poder del demonio, sino para que se viese presto libre de su tiranía. Y, como iba diciendo, mira cómo teme San Pablo la desesperación como arma poderosa del demonio; porque después de decir *Confirmad para con él la caridad,* añade también la causa: *No sea que el tal se vea consumido por la demasiada tristeza* (2 Cor.1, 7). En las fauces del lobo, dice, está la oveja; apresurémonos, pues; arranquémosla allí antes que devore y destruya a la que es

nuestro miembro. En el estuario se encuentra ahora la nave; esforcémonos en salvarla antes del naufragio. Porque así como cuado se encrespa la mar y por todas partes se levantan las olas, se suele sumergir la embarcación, así también el alma, cuando la cerca por todas parte la desconfianza, al momento se ahoga si no tiene a uno que le tienda la mano; y la tristeza por los pecados, saludable de suyo, por la demasiada se convierte en perniciosa. Y mira con qué exactitud habló, pues no dijo: *Para que no le pierda el demonio*, sino ¿qué? *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás* (2 Cor. 2 I, 11); porque codicia es apetecer lo ajeno. Mostrando, pues, que en adelante ya no pertenece a Satanás, y que, por el arrepentimiento se hizo propio del rebaño de Cristo, dice: *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás*; porque si en adelante le retiene, arrebata a nuestro miembro, roba una oveja de nuestro rebaño, pues ya dejó el pecado por el arrepentimiento. Sabiendo, pues, Pablo lo que hizo el demonio con Judas, temió no sucediera en este caso lo mismo.

V

¿Y que hizo el demonio con Judas? Arrepintióse Judas; *Pequé,* dijo *entregando sangre inocente* (Mt. 27, 4); oyó Satanás estas palabras; conoció que empezaba Judas el camino del bien y caminaba a su salvación, y temió su mudanza. "Muy benigno, dice, es el Señor que tiene; cuando él le quería vender, le lloró y le exhortó de mil maneras; ¿no le recibirá con más razón si se arrepiente? Si, cuando torcido y descarriado, trató de arrancarle de su perdición y le exhortó, ¿no le abrazará con más razón cuando se enderece y conozca su pecado? Como que no por otra causa se encaminó a la cruz".

¿Qué hizo, pues, el demonio? Le turbó, le llenó de sombras con el exceso de la desconfianza, le persiguió, le empujó, hasta que le llevó a echarse un lazo y le arrancó traidor de la presente vida, y le privó de la esperanza del arrepentimiento. Porque si hubiera vivido, hubiera sido salvo también él, como nos lo muestran los que crucificaron a Cristo; puesto que si salvó a los que le pusieron en la cruz, y en la misma cruz invocaba al Padre y pedía para ellos el perdón del pecado, es manifiesto que también al traidor le hubiera recibido con toda clemencia, si, como lo exigía la razón, hubiera mostrado arrepentimiento. Pero él no sufrió esperar a la medicina, sumido en lo profun-

do por la demasiada tristeza.

Pues he aquí lo que temía también el Apóstol San Pablo al exhortar a los Corintios a arrancar a aquel hombre de las fauces de Satanás. ¿Y qué necesidad tenemos del ejemplo de los Corintios? Pedro, después de la participación de los misterios, negó tres veces, y con llorar, todo lo borró. Pablo, siendo perseguidor y blasfemo y calumniador, y persiguiendo no sólo al Crucificado, sino también a todos los que le seguían, con arrepentirse se convirtió en Apóstol. Porque sólo una pequeña ocasión pide el Señor de nuestra parte para darnos el perdón de nuestros pecados.

VI

Voy a deciros una parábola que os pruebe esto mismo . Había dos hermanos; habiendo entrambos distribuido entre sí la hacienda de sus padres, el uno de ellos permaneció en su casa, y el otro, después de haber devorado y consumido cuanto se le había dado, se fue al destierro, no pudiendo sobrellevar la vergüenza de la pobreza (Lc. 15, 11 ss). Y me he movido a contar esta parábola para que aprendáis cómo también para los pecados cometidos después del bautismo tenemos perdón si somos diligentes; y lo digo, no para hacernos remisos, sino para alejaros de la desesperación; porque la desesperación nos ocasiones peores daños que la pereza. Es, pues, este hijo imagen de los que caen después del bautismo: y que represente a los que sucumben después del bautismo, es claro; porque es llamado hijo; y ninguno privado del bautismo puede ser llamado hijo; y habitaba la casa de su padre y distribuyó todo el patrimonio, y antes del bautismo no es posible tener patrimonio ni recibir herencia paterna; de modo, que por todo esto se nos significa el estado de los fieles. Además, era hermano del otro que tuvo buen suceso, y no sería hermano sin la regeneración espiritual. Este tal, pues, caído en el extremo de la maldad, ¿qué dice? *volveré a mi padre* (Lc. 15, 18); y en realidad de verdad, si le dejó el padre y no le impidió el marcharse a tierra extraña, no fue sino para que aprendiera por experiencia cuán grandes eran los bienes de que gozó en casa. Porque muchas veces, Dios, cuando no nos ha persuadido con sólo decírnoslo, deja que nos amaestre la experiencia de los hechos; como se lo decía también a los judíos. Puesto que después de haber empleado innumerables razones por medio de sus profetas, sin haberlos aún persuadido y unido consigo, dejó que fueran alecciona-

dos por el castigo, diciéndoles: *Te amaestrará tu apostasía y tu maldad te argüirá* (Jer. 2, 19). Porque razón era que fuese Dios creído, aun antes del cumplimiento de los sucesos; pero ya que eran tan insensatos que no creían a sus exhortaciones y consejos, después de haberlos primero reprimido para que no se rindieran a la maldad, deja que sean enseñados por la experiencia, para recobrarlos así de nuevo.

Cuando, pues, el hijo perdido, después de haberse ido a tierra extraña y aprendido por experiencia cuán grave mal es dejar la casa paterna, se volvió a ella, el padre no le recordó la injuria, sino que le recibió con los brazos abiertos. ¿Cómo así? Porque era padre y no juez. Y después hubo danzas y convites y fiestas, y toda la casa estaba llena de alegría y regocijo. ¿Qué dices? ¿Este es el pago de su maldad? No de su maldad, no, sino de su vuelta; no de su pecado sino de su arrepentimiento; no de su malicia, sino de su conversión al bien. Y lo que es más, se airó con esto el hijo mayor, mas el padre, aun a este blandamente le persuadió diciendo: *Tú siempre has vivido conmigo, mas este estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto, y ha resucitado* (Lc. 15, 31-32). Y cuando hace falta, dice, salvar a quien estaba perdido, no es tiempo de tribunales ni de riguroso examen, sino sólo de benignidad y de perdón. Ningún médico, dejando de aplicar la medicina al enfermo, le exige cuenta de su exceso ni le castiga. Y si absolutamente convenía que padeciese castigo, bastante castigo fue la permanencia en tierra extraña. Pues por tanto tiempo ha estado separado de nuestro trato y consumiéndose continuamente por el hambre, deshonra y extrema miseria. Por esto dice: *estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto y ha resucitado*. No mires lo presente, dice, sino piensa en lo grave de la pasada desgracia; hermano es el que ves, no extraño. Ha vuelto a su padre, que no puede acordarse de nada de lo pasado, o más bien, que tan sólo recuerda todo lo que le puede mover a compasión y misericordia y amor e indulgencia paternales. Por esta razón no le dijo lo que había hecho, sino lo que padeció; no le recordó que había devorado y consumido la hacienda, sino que había caído en innumerables males.

Así, con este mismo cuidado buscó también a la oveja perdida (Lc. 15, 4 etc.) o mejor dicho, con mayor. Porque aquí volvió el mismo hijo, mas allí salió el mismo pastor, y hallando a la oveja la llevó y se gozó más con ella que con todas las que estaban incólumes. Pero mira cómo la llevó; no le dio de palos, sino que la cargó y llevó sobre los hombres, y la devolvió de nuevo al rebaño.

VII

Sabiendo, pues, como sabemos, que no sólo no rechaza a los que se vuelven a él, sino que los recibe no menos que a los que han permanecido en el bien, que no sólo no castiga con rigor, sino que sale él en busca de los que van perdidos, y se regocija por su hallazgo,más todavía que por cuantos permanecen seguros; ni desconfiemos en los males, ni confiemos demasiado en los bienes, sino que, por una parte, cuando obramos bien temamos no nos haga caer la demasiada confianza, y por otra parte, cuando pequemos, nos arrepintamos. Porque lo que al principio he dicho lo vuelvo a decir ahora, que estas dos cosas son la ruina de nuestra salvación, tanto el confiar demasiado estando en pie, como el desconfiar estando caídos. Por eso para afianzar mas a los que están en pie decía San Pablo: *Quien cree que está en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12). Y en otra parte: *Temo no sea que predicando a otros, sea yo reprobado* (1 Cor. 9, 27). Mas para levantar a los caídos y excitarlos a tener más ánimo, daba este testimonio a los Corintios escribiéndoles así: *Para que no llore a muchos de los que antes pecaron y se arrepintieron* (2 Cor. 12, 21); manifestando con esto que no son tan dignos de llanto los que pecan como los que no se arrepienten de sus pecados. Y el profeta les dice: *¿Por ventura el que cae no se levanta, o el que va no vuelve?* (Jer. 7, 4). Por esto también David exhorta a los mismos diciendo: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como el día de la exacerbación* (de su ira) (Sal. 94, 8-9).

Mientras, pues, se nos dice este *hoy*, no desconfiemos; antes bien, tengamos saludable esperanza en el Señor, y pensando en el piélago de su benignidad, y rechazando toda conciencia de pecado, procuremos la virtud con grande ánimo y confianza, mostrémonos lo más arrepentidos que podamos, para que, despojándonos aquí de todos los pecados, podamos con seguridad presentarnos en el tribunal de Cristo y obtener el reino de los cielos; que ojalá todos alcancemos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea dada al Padre juntamente con el Espíritu santo la gloria, el poder y la honra, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA QUE PRONUNCIO ANTES DE IR A SU

PRIMER DESTIERRO

Argumento: Sabemos ya por su vida, como San Crisóstomo, gracias a los manejos y arterías de Teófilo, patriarca alejandrino, fue condenado y depuesto en el falso sínodo que aquel reunió en el suburbio de Calcedonia llamado de la *Encina*. De allí se envió al clero de Constantinopla una carta en que se daba cuenta de la sentencia dada contra el Santo; llegó el aviso al caer de la tarde. Apenas lo supo el pueblo se levantó en tumulto, y perseverando en vela durante toda la noche, no consintió que San Crisóstomo fuera sacado de la iglesia. Tampoco el Santo juzgó que era entonces oportuno obedecer a la orden del destierro, que confirmó el emperador Arcadio, y entre tanto dirigió al pueblo que le rodeaba esta valiente y animadísima homilía.

Ideas principales:

I. No temo el destierro, que ningún daño me puede hacer, ni puede romper los lazos que me unen con vosotros. Tampoco recibe daño la Iglesia, robustecida con el poder de Dios y con las palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

II. La historia prueba el poder de la Iglesia nunca vencida por las persecuciones y afianzada en las palabras de Cristo: *Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

III. Así que no os turbéis, antes confiad y dedicaos a la oración. (Elogios del pueblo. Testimonios del amor que el Santo le profesa).

I

Muchas son las olas y terrible la tempestad; mas no temo sumergirme, pues estoy apoyado sobre la roca inconmovible. Enfurézcase el mar; no puede deshacer la roca: agitese el oleaje; no puede hacer que se hunda la nave de Jesús. ¿Qué he de temer, decidme? ¿La muerte? *Para mi el vivir es Cristo, y el morir ganancia* (Flp. 1, 21). ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). ¿La pérdida de la hacienda? *Nada trajimos a este mundo y nada podremos sacar de él* (1 Tim. 6, 7). Los males de este mundo los miro con desprecio, y sus bienes con risa. No temo la pobreza, no deseo las rique-

zas; no temo la muerte, y no deseo vivir sino para vuestro bien. Por eso hago mención de los sucesos actuales y os ruego a vosotros, amadísimos oyentes, que tengáis confianza. Porque nadie nos podrá separar, pues lo que Dios unió no lo puede separar el hombre. Porque si del hombre y de la mujer dice: *Dejará por esto el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y se unirán los dos en una carne* (Gen. 2, 24); *por consiguiente, lo que Dios unió no trate el hombre de separarlo* (Mt. 19, 5-6): si no puedes dirimir la unión conyugal, ¿cuánto menos deshacer la Iglesia de Dios? Y sin embargo, ¡la impugnas, siendo así que no puedes causarle daño con tus ataques!.

No logras sino hacerme más glorioso, y derribar combatiendo tus propias fuerzas. Porque "dura cosa te es dar coces contra el afilado aguijón". No embotarás su punta; antes teñirá en sangre tus pies; como tampoco las olas disuelven la piedra, sino que ellas se convierten en espuma. Nada hay más poderoso que la Iglesia, ¡oh hombre!; deja la guerra, para que no quebrantes tu fuerza. No declares la guerra al cielo; si se la declaras a un hombre, o vencerás o serás derrotado; si atacas a la Iglesia, imposible que venzas, porque nadie hay tan fuerte como Dios. *¿Acaso competimos con Dios? ¿Acaso somos más fuertes que El?* (1 Cor. 10, 22). Dios la fijó y robusteció; ¿quién presumirá conmoverla? No conoces su poder. *Mira a la tierra y la hace trepidar* (Sal. 10, v. 32). El lo manda, y lo que temblaba permanece inmóvil. Si a la ciudad agitada del terremoto la robusteció, ¿cuánto más podrá hacerlo con la Iglesia? La Iglesia es más firme que el mismo cielo. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt. 24, 35). ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre esta mi piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mt. 16, 18).

II

Si no crees a las palabras, cree a los hechos. ¿Cuántos tiranos trataron de vencer a la Iglesia. ¿Cuántas sartenes, cuántos hornos, dientes de fieras, espadas afiladas? Y no la vencieron. ¿Dónde están los que la combatieron? Relegados al silencio y al olvido. ¿Dónde está la Iglesia? Resplandece más que el sol. Lo que pertenece a aquellos pereció, lo que pertenece a la Iglesia es inmortal. Si cuando eran pocos los cristianos no fueron vencidos, ahora, cuando todo el orbe está lleno de piedad y religión, ¿cómo los puedes vencer? *El cielo y la*

tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y con razón. Porque más querida es de Dios la Iglesia que el mismo cielo. No tomó el cuerpo del cielo, pero tomó la carne de la Iglesia; el cielo es por la Iglesia, no la Iglesia por el cielo. No os turbe nada de lo que ha sucedido. Hacedme la gracia de permanecer inmoble en la fe. ¿No visteis a Pedro andar sobre las aguas, y cuando dudó un poco, venir a punto de hundirse, no por el desenfrenado ímpetu de las aguas, sino por la debilidad de su fe? ¿Acaso llegué a esta dignidad por los votos de los hombres? ¿Acaso me elevó un hombres, para que un hombre me derribe? Esto no lo digo por arrogancia ni jactancia ¡lejos de mi! sino para esforzar lo que entre vosotros está vacilante. Cuando la ciudad quedó afianzada, el demonio quiso dar una sacudida a la Iglesia. ¡Oh criminal y perversísimo! ¿Conque no has derribado los muros, y esperas hacer vacilar a la Iglesia? ¿Acaso la Iglesia consiste en las paredes? La multitud de los fieles es la que constituye la Iglesia. Mira cuántas y cuán firmes columnas, no unidas con hierro, sino enlazadas entre si con la fe. No diré que multitud tan numerosa es más poderosa que el fuego; sí digo, que, aunque fuera uno solo, no le hubieras vencido. Ya sabes qué graves heridas te causaron los mártires. Presentóse muchas veces una doncella delicada; era más blanda que la cera y permaneció más dura que una piedra. Tú desgarrabas sus costados, pero no arrancabas su fe. Sucumbió la naturaleza de la carne, mas no se rindió la fortaleza de la fe; consumíase el cuerpo y obraba varonilmente el alma; gastábase la existencia y permanecía la piedad. ¿Conque no pudiste vencer a una sola mujer y crees que has de rendir a pueblo tan numeroso? ¿No oyes al señor que dice: *Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* (Mt. 18, 20)? Pues y donde hay un pueblo tan nutrido, estrechado con los vínculos de la caridad, ¿no ha de estar presente? Yo tengo prendas de El; pues ¿qué? ¿acaso confío en mis propias fuerzas? Tengo su Escritura: éste es mi báculo, esta mi seguridad, éste mi puerto tranquilo. Aunque se revuelva todo el mundo, yo tengo el escrito de su mano, lo leo, y aquellas palabras son mi muro y mi fortaleza. ¿Cuáles son las palabras? *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt. 28, 20). Cristo está conmigo ¿a quién temeré? Aunque las olas, aunque los mares, aunque las iras de los príncipes se revuelvan contra mi, todo esto es para mi de menos valer que una tela de araña. Y si no fuera por el amor que os tengo, ni hoy mismo hubiera resistido a ir a otra parte. Porque siempre digo: "*Se-*

ñor, hágase tu voluntad" (Mt. 6, 10), no la voluntad de este o del otro, sino la tuya. Esta es mi torre de fortaleza, ésta mi roca inconmovible, éste mi báculo que nunca titubea. Si Dios quiere que se haga esto, hágase. Si quiere que yo quede aquí, le doy gracias. Donde El quiera que yo esté, le doy gracias.

III

No os perturbe nadie; dedicaos a la oración. Ha hecho esto el demonio, para interrumpir vuestra diligencia en las rogativas. Pero nada le aprovecha; antes os he hallado más diligentes y fervorosos. Mañana iré con vosotros a la rogativa. Donde yo estoy, allí estáis vosotros; donde vosotros estáis, allí estoy yo. Un cuerpo somos; ni el cuerpo se separa de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo. Nos separamos en cuanto al lugar, pero estamos unidos por la caridad; ni la muerte misma nos podrá arrancar unos de otros. Porque aunque muera mi cuerpo, vivirá mi alma, que se acordará de este pueblo. Vosotros sois mis padres, ¿cómo podré olvidarme de vosotros? Vosotros sois mis padres, vosotros mi vida, vosotros mi gloria. Si a vosotros os va bien, esta gloria redunda en mi; de modo que mi vida está depositada en vosotros, con las riquezas en un tesoro. Mil veces estoy dispuesto a ser degollado por vosotros, y no os hago en ello ningún favor, sino pagaros una deuda. Porque *el buen pastor da su vida por sus ovejas* (Jn. 10, 11): sí, dispuesto estoy a ser degollado mil veces y a que se me corten mil cabezas. Tal muerte es para mí argumento de inmortalidad; estas asechanzas son para mi ocasión de seguridad. ¿Acaso me ponen asechanzas por mis riquezas, para que vaya yo a entristecerme? ¿Acaso por mis pecados, para que vaya a llorar? Por el amor que os tengo me persiguen, porque nada dejo de hacer para poneros en seguridad, para que ningún extraño se meta en el redil, para que permanezca ileso el rebaño. La causa de mi combate me basta por corona. Pues ¿qué no sufriré por vosotros?

Vosotros sois mis ciudadanos, vosotros mis padres, vosotros mis hermanos, vosotros mis hijos, vosotros mis miembros, vosotros mi cuerpo, vosotros mi luz, más aún, más gratos que esta luz que vemos. Porque ¿qué bien me hacen los rayos del sol comparados con los de vuestra caridad? Los rayos del sol me son útiles en la presente vida, pero vuestra caridad me entrelaza una corona en la venidera. Esto lo digo delante de vosotros que me oís; y ¿quién más dispuesto a oír que

vosotros? Tantos días habéis estado en vela, y nada os ha podido rendir; no os han hecho blandear ni la duración del tiempo, ni los temores ni las amenazas. En todo os habéis portado como valientes, ¿qué digo valientes? Habéis cumplido lo que siempre he deseado; habéis despreciado las cosas de este mundo, habéis dado un adiós a la tierra, os habéis trasladado al cielo, os habéis desprendido de los lazos del cuerpo, os habéis apresurado a porfía por alcanzar a aquella feliz y verdadera ciencia. Estas son mis coronas, éste mi consuelo, éste mi esfuerzo, ésta mi unción, ésta mi vida, ésta mi prenda de inmortalidad.

HOMILIA PRONUNCIADA AL VOLVER DEL PRIMER DESTIERRO

HOMILIA PRIMERA

Argumento: A los tres días de ser condenado San Crisóstomo según se ha dicho antes, esquivando las miradas del pueblo, que de ningún modo consentía en dejarle marchar, se puso en manos de sus perseguidores, que le llevaron a Preneto de Bitinia. La indignación del pueblo no tuvo límites; derbordóse como un torrente, y agrupado en las puertas del palacio imperial, a gritos pedía la vuelta de su padre. Un terremoto, que hizo trepidar la ciudad y el palacio de los emperadores, aumentó la consternación de los ciudadanos, y la misma Eudoxia, mirando el suceso como castigo del cielo, escribió a San Crisóstomo rogándole que volviera, y envióle sus legados; el pueblo en tanto llenó la embocadura del Bósforo, llevando en sus manos hachas encendidas, para recibirle en triunfo. Así sucedió, en efecto, y por más que él se resistió a las súplicas de todos que estaban sedientos de los raudales de su aurea elocuencia, no tuvo más remedio que acceder, y entrando en la iglesia de los santos Apóstoles, donde se guardaban las reliquias de San Timoteo, improvisó este brevísimo discurso, lleno de santo entusiasmo; como la edición de Migne, no trae el texto griego, la traducimos del latín [42].

Ideas más culminantes:

I. Bendigamos a Dios siempre, como Job, en la próspera y adversa fortuna. De la pasada tribulación han resultado grandes bienes.

II. Por tanto, nunca temamos las tentaciones y tribulaciones. Afectos de alegría.

I

¿Qué diré o qué hablaré? Bendito sea Dios. Esto dije cuando salí, y esto vuelvo ahora a decir; o mejor, no dejé de decirlo tampoco en el destierro. Ya os acordáis que os propuse el ejemplo de Job que decía: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos* (Job, 1, 21). Este recuerdo os dejé como prenda al salir, y esta acción de gracias repito ahora: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos*. Diversas son las circunstancias, pero una misma la manera de glorificar a Dios.

También Job, siendo rico, daba gracias a Dios, y siendo pobre, le daba gloria. Ni en el primer caso robó, ni en el segundo blasfemó; diversas fueron las circunstancias, pero su alma se conservó lo mismo. Un piloto seguro, ni se relaja con la calma, ni se hunde con la tempestad. Bendito sea Dios, ya por el tiempo en que me separé de vosotros, ya por este en que os he recobrado. Ambas cosas fueron obra de una misma providencia divina. Me separé de vosotros en cuanto al cuerpo, pero de ninguna manera en cuanto al alma. ¡¡Ved cuánto han logrado las asechanzas de los enemigos, ha excitado vuestro celo, han encendido vuestra caridad, y me han procurado innumerables amadores!! Antes me amaban los mios tan sólo; ahora me honran aun los judíos. Esperaban separame de los mios, y me han agregado a un los extraños. Pero no se deben a ellos las gracias, sino al nombre de Dios que se ha valido de la maldad de ellos para nuestro honor; pues también los judíos crucificaron a nuestro Señor y fue salvo el mundo, y no por eso doy gracias a los judíos, sino al Crucificado. Vean los sucesos bajo el punto de vista con que los considera nuestro Dios; ¡qué paz nos han traído sus tramas! ¡qué gloria nos han proporcionado! Antes sólo se llenaba la iglesia; ahora toda la plaza se ha convertido en iglesia. Una sola cabeza preside a todos desde allí hasta aquí. Nadie ha impuesto silencio a vuestra asamblea, y sin embargo, todos habéis estado silenciosos, todos compungidos. Unos cantaban salmos, otros llamaban felices a los que los cantaban. Hoy se celebran juegos circenses y nadie asiste; sino que todos como torrentes han confluido a la iglesia. Un torrente es vuestra asamblea, ríos son las voces que suben al cielo, y muestran el amor que tenéis a vuestro padre. Vuestras súplicas son para mi más espléndidas que una diadema. Hombres y mujeres todos juntos; porque *en Cristo Jesús no hay distinción entre hombre y mujer* (Gal. 3, 28). ¿Cómo hablaré del múltiple poder del Señor? Ya veis cuán cierto es lo que digo. Si alguno sufre con fortaleza las tentaciones, sacará de ellas gran fruto.

II

Por eso os he llamado al templo de los Apóstoles. He acudido yo desterrado adonde están aquellos que fueron desterrados. Yo he sido acometido con asechanzas, ellos fueron arrojados. Hemos acudido a Timoteo, nuevo Pablo. Hemos acudido a los santos cuerpos que llevaron en sí los estigmas de Jesucristo. Nunca temas la tentación, si

tienes ánimo generoso; así fueron coronados todos los santos. Grande fue la aflicción de sus cuerpos, pero mayor la tranquilidad de sus almas. ¡Ojalá siempre estéis afligidos! Así se alegra también el pastor cuando sufre trabajos por las ovejas. ¿Qué diré? ¿dónde sembraré? no tengo sitio vacío; ¿dónde trabajaré? no tengo viña baldía. ¿dónde edificaré? ya el templo está concluido; mis redes se rompen por la muchedumbre de la pesca. ¿Qué haré? No es este el tiempo de trabajar. Si os exhorto, no es porque necesitéis de doctrina, sino para mostrar mi genuino amor para con vosotros. Dondequiera florecen las espigas. Tantas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; tantas espigas, y en ninguna parte las zarzas; tantas vides, y en ninguna parte las raposas. Las fieras dañinas han sido exterminadas, han huído los lobos. ¿Quién los ha perseguido? No yo el pastor, sino vosotros las ovejas. ¡Oh nobleza de las ovejas! en ausencia del pastor han derrotado a los lobos. ¡Oh hermosura de la esposa, mejor, castidad! en ausencia del esposo, ha rechazado a los adúlteros. ¡Oh hermosura y castidad de la esposa! Ha mostrado su hermosura, y no menos su bondad. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? porque amabas al esposo. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? por la grandeza de tu castidad. "No empuñé las armas, ni las lanzas, ni los escudos. Les mostré mi hermosura, y se ofuscaron con mi resplandor". ¿Dónde están ellos ahora? en la ignominia. ¿Dónde estamos nosotros? en medio del triunfo. Con nosotros los emperadores, con nosotros los magistrados. ¿Qué diré? ¿qué hablaré? *Dios dé el colmo de su bendición a vosotros y a vuestros hijos* (Sal. 113, 14), y premie vuestro fervor.

Terminemos ya el discurso en este punto, dando en todo gracias a nuestro benigno Dios, a quien sea la gloria por todos los siglos. Amén.

DESPUES DE LA VUELTA DEL PRIMER DESTIERRO

HOMILIA SEGUNDA

Argumento: Al día siguiente del discurso anterior, tuvo este otro, notable por la comparación con que empieza, y por la fuerza con que ataca a los adversarios, no menos que por los elogios del pueblo.

Resumen de las ideas principales:

I. Acerbas quejas contra Teófilo y sus fautores.

II. Derrota de los adversarios.

III. Alegría de la ciudad al recibir de nuevo a San Juan Crisóstomo.

IV. Pensamientos del Santo el día de su destierro. Carta de la Emperatriz suplicándole que volviera. Alaba su solicitud.

V. Elogia al pueblo, e increpa terriblemente a aquellas personas del clero que con Teófilo fueron causa de tan terrible tormenta. Concluye brevemente exhortando a dar gracias a Dios y a ser diligentes en su servicio.

I

Cuando el impío y bárbaro egipcio Faraón arrebató a Abraham la hermosa y agraciada mujer Sara, y mirando con malos ojos su hermosura quiso perpetrar el adulterio, entonces no descargó Dios en seguida el castigo, para que relucieran la virtud del justo, la castidad de su esposa, la intemperancia del bárbaro y la benignidad de Dios: la virtud del justo, porque sufrió el suceso con acción de gracias; la castidad de su esposa, porque habiendo dado en manos de los bárbaros conservó su honestidad; la intemperancia del bárbaro, porque invadió el lecho ajeno; la benignidad de Dios, porque cuando ya los hombres habían perdido la esperanza, concedió al justo la corona. Esto sucedió antes con Abraham; esto ha sucedido hoy con la Iglesia. Egipcio es éste (nuestro enemigo); egipcio era aquel; éste tuvo satélites, aquel tuvo protectores; aquel arrebató a Sara; éste a la Iglesia: aquel la retuvo por una noche; éste la ocupó por un día, y ni siquiera, se le ha

permitido ocuparla por un sólo día, sino para que se hiciera patente la castidad de la esposa; pues a pesar de haberla él asaltado, no se ha marchitado su hermosura de su castidad; por más que se había ya dispuesto el adúltero, y estaban preparadas las cartas, y habían firmado en ellas muchos de la casa. Aprestada estaba la máquina, pero no tuvo resultado. Descubrióse al mismo tiempo su perversidad y la benignidad de Dios.

Pero hay diferencia, aquel bárbaro reconoció entonces el pecado, y confesó el delito; porque dijo a Abraham: *¿Por qué has hecho esto? ¿por qué dijiste: Es mi hermana? y poco faltó para que yo pecara* (Gen. 12, 18-19) pero este aun después del crimen persistió en el combate. ¡Oh miserable y desgraciado! *Pecaste, descansa ya* (Gen. 4, 7) no añadas un pecado a otro pecado. Y Sara volvió enriquecida con las riquezas de Egipto; y también la Iglesia ha vuelto adornada con riquezas espirituales, y se ha mostrado más pura su continencia. Mirad el frenesí del bárbaro. Has arrojado fuera al pastor: ¿por qué has dispersado las ovejas? Has quitado el piloto: ¿por qué has hecho pedazos el gobernalle? Has arrojado al viñador: ¿por qué has arrancado las vides? ¿por qué has arruinado los monasterios? Has imitado una irrupción de bárbaros.

II

Todo esto lo hizo él para que apareciera vuestra virtud. Todo lo hizo par tener que aprender, por fin, que hay aquí un rebaño dirigido por Cristo su pastor. Estaba ausente el pastor, y permanecía unido el rebaño y se cumplía la sentencia del Apóstol: *No sólo en mi presencia, sino también en mi ausencia obrad vuestra salvación con temor y temblor* (Filp. 2, 12). Os amenazaba porque temían vuestra virtud, la fuerza de la caridad y el amor que me tenéis. “A nada nos atrevemos dentro de la ciudad”, decían. “Entregadnósle fuera”. Prendedme fuera, sí, para que aprendáis el amor de la Iglesia, para que conozcáis la generosa índole de mis hijos, el valor de los soldados, el esfuerzo de la gente armada, el resplandor de las diademas, la abundancia de nuestras riquezas, la grandeza del amor, la constancia en el sufrimiento, la flor de la libertad, la gloria del triunfo, la rechifla de vuestra derrota. ¡Oh cosas extraordinarias y admirables! Está ausente el pastor, y se regocija el rebaño; está lejos el general, y se arman los soldados; y no sólo la iglesia tuvo su ejército, sino que toda la ciudad

se convirtió en iglesia. Quedaban santificados los barrios, las plazas, el aire; convertíanse los herejes, hacíanse mejores los judíos; los sacerdotes eran condenados y los judíos alababan a Dios y se acogían a nosotros. Así sucedió con Cristo, Caifás le crucificó, y el ladrón le confesó. ¡Oh sucesos extraordinarios y admirables! Los sacerdotes le mataron y los magos le adoraron. No perturbe esto a la Iglesia. Si no hubiera sucedido así, no se hubieran manifestado nuestras riquezas; las hubiéramos tenido, pero no se hubieran descubierto. Porque así como Job, aunque era justo, no hubiera aparecido como tal, si no se hubieran manifestado en él las heridas y los gusanos, así tampoco nuestros tesoros, si no se nos hubieran armado asechanzas. Dios, como para excusarse, dice a Job: *¿Crees que yo te he correspondido de otra suerte sino para que aparecieras justo* (Job, 40, 8)? Ellos pusieron asechanzas, movieron guerra, y fueron derrotados. ¿Cómo hicieron la guerra? Con palos. ¿Cómo fueron vencidos? Con oraciones. *Si alguno te hiere en el carrillo derecho, ofrécele también el izquierdo* (Mt. 5, 39). ¡Tú entras en la Iglesia armado de palos y combates contra ella! ¡Donde todos están en paz, mueves guerra! ¡Infeliz y miserable, que ni respetas el sitio, ni la dignidad del sacerdocio, ni la majestad del episcopado! El baptisterio se ha llenado de sangre; corre la sangre donde se perdonan los pecados. ¿En qué ejército ha sucedido esto? El emperador al entrar se quita el escudo y la diadema; tú has entrado armado de palos. El deja fuera aun las insignias de su poder; tú metes dentro las insignias de la guerra. Pero ningún daño has hecho a mi esposa (la Iglesia), antes sigue mostrando constantemente su hermosura.

III

Por eso me lleno de alegría, no sólo porque vencisteis, sino porque vencisteis en mi ausencia. Si hubiera estado presente, tendría con vosotros parte en la victoria; pero porque me retiré, es meramente vuestro el trofeo. Pero también es gloria mia (y en esto vuelvo a tomar parte de la victoria) el que os eduqué de tal suerte, que aun en ausencia de vuestro padre diérais a conocer vuestra nobleza. Porque así como los atletas valerosos, aunque esté ausente su maestro, dan muestras de su robustez, así también, la generosidad de vuestra fe, aun en ausencia de vuestro maestro, ha manifestado su índole generosa. ¿Qué necesidad hay de palabra? Las piedras están clamando; las paredes están dando voces. Ve al palacio del emperador, y en seguida

oyes el nombre del pueblo constantinopolitano. Ve al mar, dirígete al desierto, a los montes, a las casas, y doquiera están escritos vuestros encomios. ¿Con qué armas vencisteis? No con riquezas, sino con fe. ¡Oh pueblo amante de tu maestro! ¡Oh pueblo amante de tu padre! ¡Oh ciudad feliz, no por las columnas y áureos artesonados, sino por vuestra virtud! Tantas y tan temibles como eran las asechanzas, y no obstante, vencieron vuestras oraciones. Y con mucha razón, pues eran continuas las oraciones y os corrían fuentes de lágrimas. Ellos lanzaron saetas, vosotros lágrimas; ellos respiraban furor, vosotros mansedumbre. Hagan ellos lo que quieran, vosotros oráis. Y en fin; los que entonces os contradecían. ¿dónde están ahora? ¿Acaso movimos las espadas? ¿Acaso tendimos nuestros arcos? ¿Acaso arrojamos saetas? Orábamos, y ellos huyeron. Como una tela de araña se disiparon, y vosotros os mantuvísteis como una roca. ¡Feliz yo por vosotros! Ya antes sabía yo qué tesoro tan grande tenía en vosotros, pero ahora, con todo, me he admirado. Estaba yo lejos, y por mi causa la ciudad empezó a trasladarse a otra parte. Por causa de un solo hombre, el mar se ha convertido en ciudad. Las mujeres, los hombres, los niños de tierna edad; las mujeres llevaban en brazos a sus parvulitos, y no dudaban meterse en el mar, despreciando las olas. No temían el siervo a su amo, no se acordaba la mujer de la debilidad de su naturaleza. La plaza se ha convertido en iglesia, y todo se ha removido por mi causa. ¿A quién no amaestrásteis a hacer lo mismo? Llevasteis con vosotros a la emperatriz llena de regocijo, sino para celebrar su piedad, porque no he de pasar su buena voluntad en silencio. No mostró armas, sino obras excelentes de virtud. Entonces fui sacado de la ciudad, ya sabéis cómo. Y conviene recordar lo desagradable que entonces pasó, para que estiméis lo grato y venturoso, y veáis cómo fui echado fuera, y cómo he vuelto. *Los que siembran en lágrimas, segarán en regocijo. Al ir iban y lloraban, echando su semilla. Mas al venir vendrán con regocijo, trayendo sus manojos* (Sal. 125, 6). Estas palabras se cumplieron de hecho. Recibisteis con acción de gracia a quien despedísteis con tristeza; y esto se cumplió, no después de mucho tiempo, sino después de un solo día. Porque por vosotros fue esta dilación: que Dios ya desde el principio había deshecho todas las contradicciones.

IV

Ahora os voy a decir una cosa maravillosa. Yo atravesé solo el piélago, llevando conmigo a la Iglesia. Porque la caridad no se puede

estrechar: no era estrecha la nave, porque vosotros *no os veis estrechados en mi* (2 Cor. 6, 12). Marchaba cuidando de nuestras cosas, separado en cuanto al cuerpo, unido en cuanto al alma. Marchaba suplicando a Dios, y unido con vosotros por el amor. Marchaba, y estaba sentado solitario, pensando solícito en vuestras cosas, solitario, pensando en mi destierro. De repente, a la media noche de aquel primer día, esta religiosísima Señora me envió una carta, que contenía estas palabras (pues conviene citarlas textualmente): *No crea vuestra Santidad que yo sabía lo sucedido; inocente soy de vuestra sangre. Los impíos y perdidos han armado esta trama. Testigo es de mis lágrimas Dios, a quien ofrezco sacrificios.* ¿Qué libación derramó? porque sus lágrimas eran una libación. *A quien ofrezco sacrificios.* Era ella, en efecto sacerdotisa ordenada por si misma, que ofrecía a Dios lágrimas, confesión y penitencia, no por el sacerdote, sino por la Iglesia, por el pueblo disperso. Se acordaba, se acordaba, sí, de sus hijos y del bautismo que recibieron: *Me acuerdo que por tus manos fueron bautizados mis hijos.* Esto decía la emperatriz. Los sacerdotes, en tanto, cegados por el odio, ignoraban el lugar adonde yo me había acogido. Y lo que es más admirable, que ella, como si temiera por su hijo, iba a todas partes, no personalmente, sino enviando su tropa militar. Porque no sabía el sitio donde estaba yo, a todas partes enviaba por mi, para que no fuera muerto el pastor cogido con engaño, y perdiera ella el fruto de sus correrías. "Sólo hago lo que tengo que hacer. Sólo intento que no prevalezcan los contrarios". Por todas partes me rodeaban los enemigos, extendiendo sus redes para cogerme y tenerme en sus manos. Por eso ella rogaba y se abrazaba a las rodillas del emperador, para hacer a su esposo partícipe de este triunfo. Como hablaba Sara a Abraham, así ella decía al emperador: *Hemos perdido al sacerdote, volvámosle a traer. No nos queda esperanza alguna de mando si no le volvemos. Imposible que yo tenga parte con ninguno de los que han perpetrado tal maldad*; y derramaba lágrimas, suplicaba a Dios y no dejaba piedra por mover. Ya sabéis vosotros con cuánta benevolencia me recibió, cómo me admitió en sus brazos como a sus propios miembros, cómo decía que estaba en zozobra y solícita juntamente con vosotros. No os son desconocidas estas sus palabras a vosotros, que recibisteis en ella a la madre de las Iglesias, sustentadora de los solitarios, patrona de los santos, báculo de los pobres. Su alabanza redunda en gloria de Dios, es corona de las iglesias. ¿Diré su ardiente amor? ¿Diré su solicitud para conmigo? Ayer, al caer la

tarde, me envió un mensajero con estas palabras: *Díle: Se ha cumplido mi oración, he alcanzado lo que quería; mejor corona he recibido que la misma diadema. He recibido al sacerdote, he restituido la cabeza al cuerpo, el piloto a la nave, el pastor al rebaño, el esposo al lecho nupcial.*

V

Se han cubierto de vergüenza los adúlteros. No se me da nada de vivir o morir. Ved los frutos de la tribulación. ¿Qué haré para daros digna recompensa de vuestro amor? No puedo dárosla digna, os doy la que puedo. Tanto os amo, que estoy dispuesto por vuestro bien a derramar la sangre. Ninguno tiene tales hijos, ninguno tal rebaño, ninguno un campo tan florido; no tengo necesidad de agricultura, aun durmiendo yo, brotan las espigas; no tengo necesidad de trabajo; aun descansando yo, las ovejas vencen al lobo. ¿Cómo os llamaré? ¿ovejas, o pastores, o pilotos, o soldados, o capitanes? todos estos nombre puedo afirmar que son verdaderos. Si miro a vuestro buen orden, os lamo ovejas; si a vuestra vigilancia, pastores; si a vuestra prudencia, pilotos; si a vuestro valor y constancia, os doy a todos el nombre de soldados y capitanes. ¡Oh trabajo! ¡Oh providencia del pueblo! arrojásteis a los lobos, y persististeis infatigable en vuestra solicitud. Los marineros que estaban con vosotros se volvieron contra vosotros y movieron guerra contra la nave. Clamad: ¡Fuera el clero! ¡otro clero para la Iglesia! Pero ¿qué necesidad hay de clamores? Ellos se retiraron, fueron lanzados, huyeron sin que nadie los persiguiera. No los acusan los hombre, sino sus conciencias.

Si un enemigo me hubiera injuriado, lo hubiera sufrido (Sal. 54, 13). Los que estaban con nosotros se volvieron contra nosotros; los que con nosotros dirigían la nave, trataron de echarla a pique. Admiré entonces vuestro comportamiento. No digo esto para excitaros a una sedición. Sedición fue lo que ellos intentaron; lo que vosotros hicisteis, celo. Porque no pedisteis que fueran ellos muertos, sino que se impidieran sus atentados contra vosotros y contra la Iglesia, para que no fuera sumergida de nuevo. Vuestro valor hizo que no nos arrollara la tempestad; sus malvados intentos suscitaron el oleaje. Mas yo no miro el suceso según el éxito, sino según las intenciones que tuvieron. Tú que asistes al altar, a quien está encomendado el cuidar de un pueblo tan numeroso, teniendo obligación de reprimir estas desgra-

cias, aumentaste la tempestad, blandiste la espada contra ti mismo, hiciste perecer a tus hijos, si no de hecho, a lo menos de deseo. Pero Dios lo impidió. Así es que os admiro y alabo a vosotros que, después de la guerra y hechas las paces, tratáis de que sean perfectas y duraderas. Porque conviene que estén concordes el piloto y los marineros; que si están desavenidos, se hunde la nave. Consolidad vosotros esta paz con la gracia de Dios; yo os hare participantes de sus frutos. Nada haré sin vosotros y sin la religiosísima emperatriz. Porque también ella anda cuidadosa, está solícita, no deja piedra por mover para que los árboles plantados se arraiguen, para que la Iglesia viva libre de olas y tempestades. Por eso he alabado vuestro celo y la providencia de los emperadores. Pues no son tan solícitos tratándose de la guerra, como de la Iglesia; tratándose de la ciudad, como de la Iglesia. Roguemos, pues, a Dios, perseveremos en la oración, y no porque hemos conjurado la desgracia seamos más negligentes. Por eso yo he rogado hasta hoy que desaparezcan tan tristes males. Demos gracias a Dios; como entonces fuimos valerosos, seamos ahora diligentes; y por todos estos sucesos demos gracias a Dios, a quien juntamente con el Hijo y el Santo y vivifico Espíritu sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

23. Sospecho que en vez de ενιψειν= lavó, se ha de leer ενιψειν= fue vigilante. Cierto que la traducción latina dice *quae abluerat*, pero en cambio hay motivos que inducen a creer la conjetura del error. En primer lugar, aquí se trata de hacer una oposición entre la conducta de Judas y la mala mujer; y aunque en absoluto, se puede hacer la oposición como aparece en el texto, pero siempre resulta bastante dura. Además, no deja de ser en este caso algo violenta la omisión del término *la mujer que lavó*, sin añadir *los pies o al Señor*, o siquiera αυτον le lavó. Pero más que todo me hace fuerza el ver que San Crisóstomo a cada paso opone estos dos verbos: νηφϖ y ραθυμεϖ. *Por ejemplo:* Α ν νηφϖμεν, ου μονον ουοεν πειτομεθχ... οεινον, αλλα χαι... etc.; αχ οε ραθνυϖμεν, χαι η ανεσιζ ημαζ απολετ.= *Si fuéremos vigilantes*, no sólo no habrá nada que nos cause daño, sin oque...; pero *si empezamos*, aun el tiempo de calma nos perderá. Homilías sobre las estatuas, IV, 1. Admitida esta conjetura, el sentido es sumamente obvio y natural, y el texto limpio y correcto. *¿Ves cómo la mala mujer se salvó por ser diligente, y Judas cayó por ser negligente?* No nos hemos atrevido, sin embargo, a variar la traducción por respeto a la edición de Migne.

24. Παζ λογοζ αχπροζ... omnis sermo *putris. La vulgata traduce:* omnis sermo malus.

25. Se refiere a la homilía predicada el día anterior sobre la traición de Judas.

26. Según Migne (*Patr. grase. 50, p. 431*) túvose el mismo año de la segunda homilía sobre la traición de Judas, el cual, como en su lugar se dijo, no se ha podido averiguar con certeza. Véase también Ceillier, t. IX, página 149 (edición de París, año 1741).

27. Este fragmento lo reproduce San León, papa, al fin de su epíst. 134. N. de M.

28. También este fragmento lo trae S. León, papa, al fin de su carta. N. de M.

29. Copió San León, papa, este párrafo, al fin de su carta 134 N. de M.

30. Variando del texto griego. V. *a Lapide y Jnabenbauer, S. J.*, en los Comentarios sobre este lugar.

31. El texto griego dice estas palabras (Migne, t. L, pág. 456 al fin): Α ι τε φιλοχησιαι χαι δεφιϖσειζ χαι τα χαρισματα. La traducción del P. Frontón Le Due, que es la adoptada por Migne, dice, *invitationes, convivía et munera.*

32. Α ι τε φιλοχησιαι χαι δεφιϖσειζ χαι τα χαρισματα.

33. Refiérese al obispo San Flaviano.

34. Habla de los recién bautizados.

35. Téngase en cuenta que Εν εθετο υμαζ το Πνεουα το αγιον παι επισχο– πουζ. en griego (así como *signum* en latín) significan propiamente señal: de ahí que en este pasaje algunas expresiones no se pueda traducir al castellano con la misma concisión del original, donde σημετον por tener la significación de señal o milagro, se presta a frases no admitidas en nuestra lengua.

36. Supliría sin duda S. Juan Crisóstomo con los ojos o de otra manera los afectos y palabras que en esta transición se suponen.

37. También estas palabras **cai en** pertenecen al texto de Malaquías, como puede verse en la Biblia de los Setenta; las palabras que siguen son el comentario de San Crisóstomo; en Migne hay confusión por descuido tipográfico, pues las palabras de Malaquías parecen de San Crisóstomo, de donde resulta oscuridad en el sentido.

38. La Vulgata dice: Adhuc *quadraginta* dies, et Nínive subvertetur. Así se lee también en el texto hebreo. Pero los Setenta y los PP. más antiguos leen χαι εν αυτοζ ευδοχησεν. Véase una explicación bastante probable en el P. Cornelio a Lápide en sus Comentarios sobre este lugar.

39. Véase la nota en la página 242.

40. El Obispo San Flaviano.

41. Véase la nota de la pág. 242.

42. Dice Sozomeno en la vida de San Crisóstomo, que al volver del destierro, tuvo un discurso improvisado que comenzó con una semejanza bellísima, en que compara a Teófilo, en sus planes contra la Iglesia, con el rey Egipcio que quiso violar a Sara. Pero este es, sin duda alguna, un error, pues no conviene sino al discurso siguiente, donde el mismo San Crisóstomo dice: "*Ayer* me envió un recado Eudoxia, con estas palabras, etc." Luego ya había pasado un día.

INDICE